



<https://doi.org/10.25115/riem.v13i2.8431>

ISSN: 2173-1950

Protesta social, “pandemia de la desigualdad” y efectos sobre el arraigo en la población haitiana residente en Santiago de Chile¹

Juan Carlos Rodríguez-Torrent², Nicolás Gissi Barbieri³

Resumen: La crisis social y la pandemia sanitaria en 2019 y 2020, han cuestionado los límites del Estado neoliberal, la cotidianidad territorial y las capacidades de agencia institucional, siendo los migrantes haitianos la comunidad que ha sufrido los principales efectos en sus procesos de integración y arraigo. Se discute, como resultados de una investigación cualitativa y con una perspectiva antropológico social, las nuevas condiciones de vida de la población haitiana frente a una protesta social generalizada, “la pandemia de la desigualdad” y el confinamiento, a través de las dificultades de acceso a la vivienda y la dependencia del mercado laboral de carácter informal, en el marco del racismo estructural y la “subalternizadora” sociedad chilena.

Palabras clave: Estado Neoliberal, desigualdad, pandemia, migrantes haitianos

¹ Este artículo presenta parte de los resultados del Proyecto Fondecyt 1200082 (2020-2024), de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID): “Construyendo el futuro desde Chile: Prácticas, imaginarios y arraigo entre migrantes venezolanos, colombianos y haitianos residentes en Santiago y Valparaíso”.

² Antropólogo Social, Facultad de Arquitectura/Centro de Estudios Prospectivos, Universidad de Valparaíso, Chile. juan.rodriguez@uv.cl

³ Antropólogo Social, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. ngissi@uchile.cl

Social protest, "pandemic of inequality" and effects on rooting in the Haitian population residing in Santiago de Chile

Abstract: The social crisis and the pandemic in 2019 and 2020 have questioned the limits of the neoliberal State, the territorial daily life, and the capacities of institutional agency, with Haitian migrants being the community that has suffered the main effects in their projects of roots. It is discussed, as a qualitative research results and with a social anthropological perspective, the new living conditions of the Haitian population in the face of a generalized social protest, "the pandemic of inequality" and confinement, through the difficulties of access to the housing and dependence on the informal labor market, within the framework of structural racism and the "subalternizing" Chilean society.

Keywords: Neoliberal State, inequality, pandemic, Haitian immigrants.

1. Introducción

Aproximadamente el 8% de la población que habita Chile es extranjera, avecindada en su mayoría en los últimos 25 años, con fuerte incidencia a partir de 2014-2015. Representan 1.5 millones, siendo predominantemente migrantes Sur-Sur. El país estuvo ubicado el año 2000, como el número 9 a nivel mundial como receptor de inmigrantes; y, entre 1990 al año 2013, como el que más registra en relación a su población. Tres de los colectivos más importantes provienen de países no fronterizos: Venezuela, Haití y Colombia. Otros lo hacen desde Perú, Bolivia, Argentina, Ecuador y República Dominicana. Según el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) y Departamento de Extranjería y Migraciones (DEM) (2020), el año 2019 llegaron más de 242.000 migrantes, revelando dos datos importantes: a) que la población foránea más numerosa es la venezolana con un 30,5%, seguida por la peruana y la haitiana, con un 15,8% y un 12,5% respectivamente; b) que Chile inscribe una posición importante en la jerarquía de países globalizados y neoliberales en el mercado de trabajo de la región, lo que lo vuelve país atractivo y mayormente flexible para buscar oportunidades.

Desde el año 2015, es uno de los destinos substitutos de la tradición migratoria Sur-Norte, en una combinatoria de cuestiones ligadas a los cambios en los mercados de trabajo (redistribución espacial de factores de producción), bloqueo de fronteras en los países del Norte (inmigración cero) y decisiones racionales y creativas de los actores migrantes en la mudanza (origen, destino y puntos intermedios), conforme a evaluación de costos y beneficios locales y transnacionales (Boric et al 2021). Este contingente, ha sido posible porque Chile -sin ser exclusivo- en los últimos 20 años estuvo en el imaginario migratorio por una reputación de “buen país”, al que se le tenía una “fe inquebrantable” (Mayol, 2020, p. 26), siendo destacado como “estable” económica y políticamente en la región, lo que lo hace atractivo como lugar de destino (Aninat y Vergara, 2019; Rojas y Vicuña, 2019).

A pesar de la relativa facilidad con que se ha consolidado una población de residentes del Sur, dentro de un cambio del patrón migratorio sin precedentes, tanto en su cantidad, en su composición y dirección (Koechlin et al., 2018), su inserción no ha sido expedita, pues persiste un racismo poscolonial, hoy afianzado en una ideología individualista y meritocrática para que las personas construyan la realidad. En este contexto, inmigrantes provenientes de Haití, a quienes no exigía visa de ingreso (Yates, 2021), huyendo tras un

devastador terremoto (2010), de carácter superficial y de magnitud 7.0 (escala Richter), que dejó con 316.000 muertos y 350.000 heridos, y del paso del huracán Matthew (2016), que produjo 573 muertos y dos millones de damnificados, donde el 80% de la población vive con 1,3 dólares diarios y el 50 por ciento está desocupada (Fundación La capital, 2015), aceleran el proceso de expulsión. Llegaron a Chile, junto a Brasil y Argentina, como víctimas a transformar definitivamente al país (Ugarte, 2020). Un Chile que desde las élites en el siglo XIX, y como racionalidad de una clase letrada de marcado acento eurocentrista, fue pensado sin indígenas y afrodescendientes, aduciéndose hoy, no ser hispanohablantes y tener baja calificación, lo que les pone en una condición desigual como productores y consumidores, y por asignación de status, de no nacional y de derechos subalternizados.

Su experiencia se traduce en restricciones laborales y salariales, con empleos no protegidos e ingresos bajos, dificultades burocráticas para regularizar antecedentes que permitan avanzar en una ciudadanía integrada, lo que encadena un conjunto de fenómenos de disconformidad para consolidar el proyecto de arraigo y justificar su decisión migratoria. Habitan barrios mal dotados y con gran déficit de infraestructuras, con dificultades de acceso a vivienda, educación, transporte, salud y recreación que conforman un hábitat particular (Rodríguez-Torrent y Gissi-Barbieri, 2022), lo que tendría su origen en cuestiones estructurales de integración y vulnerabilidad, propias del modelo neoliberal y prejuicios pigmentocráticos, estructuras y dispositivos legales, territoriales e interaccionales, que impiden la movilidad social y económica ascendente, y una precarización multidimensional, reconociéndose una condición similar para todos los excluidos.

El punto de partida, es que en Haití no existe casi nada, y se espera mucho más con migrar. El “hambre, el hacinamiento, la violencia, el desempleo, la suciedad y las carencias materiales” dominan (Fundación La capital, 2015). Las viviendas están inconclusas, sin sistema de alcantarillado, agua potable ni disposición de residuos; la energía eléctrica es insuficiente y el alumbrado público prácticamente no existe. No están disponibles servicios esenciales, ya que el 90% de las escuelas son privadas (La Capital, 2015). Y, como lo ha planteado Grosfogel (2003) para las comunidades de Haití, República Dominicana y Puerto Rico, que son identificadas como económicamente desventajadas y motivadas por necesidades permanentes, deben moverse escaladamente dentro de las estructuras del capitalismo neoliberal y en el mismo orden de países, buscando oportunidades en una condición dual: 1) se las justifica como mano de obra barata, por los nichos ocupados (i.e.

trabajo repetitivo, básico y sin protección); 2) se la demanda como mano de obra racializada, que opera por necesidad (i.e. trabajar en lo que se pueda).

En Chile, con las nuevas diversidades migratorias y étnicas, emerge una discusión sobre las desigualdades socioeconómicas y socioterritoriales. Ya que, en la vida ordinaria, “se cree” que los migrantes “serían” un eje causante para explicar los bajos salarios y la presión sobre los subsistemas de salud, vivienda, transporte y educación, dentro de la economía neoliberal y un rol subsidiario del Estado. La reproducción comienza a ser reevaluada dentro de un “Modelo” neoliberal que había sobrevivido a todo cuestionamiento y que parecía incombustible (Tironi, 2020), operando como “dios silente” (Mayol, 2020), en el marco de una protesta social contra la institucionalidad neoliberal, ocurrida en octubre de 2019. A la que se sumó cuatro meses después la aparición del Covid-19, que permite gestionar, administrar, regular e intentar controlar a través de dispositivos biopolíticos, la migración “desbordada” para las autoridades y el clamor de un “no más” extranjeros por muchos de los nacionales e inmigrantes arraigados, en un contexto de colectivos vulnerables por cambio de hábitat residencial, político-administrativo y socio-cultural.

En este sentido, algunos de los inmigrantes arraigados que son los que han revalidado títulos, consolidado posiciones en el mundo del trabajo formal o en el emprendimiento, y logrado integración socio espacial y superar la precariedad, alcanzan también espacios locutorios que les permiten sumarse a las voces de reclamo por su presencia. Cuestión ya iniciada por grupos nacionalistas, partidos políticos de derecha, sectores académicos y militares preocupados por la seguridad nacional, así como a las de ciudadanos de distintos barrios y usuarios activos en las redes sociales. Todos solicitan poner fin a la migración o generar condiciones de selectividad para su ingreso, ya que constituirían una amenaza a la seguridad, la identidad y las tradiciones chilenas.

Apoyándose repetitivamente en soportes comunicacionales que crean el llamado “efecto CNN” -como lo llama Susan Sontag (2003)-, o racismo discursivo, se releva a través de la imagen una atributo que intencionadamente se quiere resaltar. Marcando el énfasis en cuestiones fácticas como el cruce de la irregular de frontera, en lo que se califica como “incivildades” (i.e. preparar comida y comer en la calle, usar el espacio público de manera ilegal, alterar el sueño de residentes tradicionales con música estridente), en el aumento de

delitos de alta connotación pública y en formas de violencia nuevas que han sido también documentadas en otros países de la región⁴. Asimismo, se despliegan argumentos que edifican la idea de “invasión” (Rodríguez y Gissi, 2020), demandando el establecimiento de una depuración y diferencia por origen y capitales sociales, culturales, económicos y simbólicos, que permite sostener la idea de legalizados frente a irregulares, y de diferencias propias de una micro estratificación interna y jerarquizada interseccionalmente, establecida especialmente entre inmigrantes de Colombia y Venezuela. Con ello, se demanda una priorización de la gestión eficaz de la política migratoria y la seguridad en las fronteras, así como mejorar la capacidad de expulsar.

En lo particular, el tránsito de un país menos próspero a uno más próspero, y en condiciones de no ciudadanía como posesión de derechos, genera una crisis de reproducción de los hogares y sujetos, marcando las consideraciones y valoraciones objetivas de arraigo que abstractamente comporta el proyecto migratorio, ya que se destaca la imposibilidad de ser más que el deseo y la palabra. Entonces, si lo inédito irrumpe sobre el “país estable”, con los acontecimientos señalados se genera la alteración del itinerario de esperanza, ya que en 2020 emergen nuevas condiciones y lecturas sociales y económicas, que independiente de los presupuestos originales de elección, producen una acumulación causal adversa y un enfriamiento del imaginario, con incertidumbres y deltas entre “datos estadísticos” e “impresiones de los individuos” sobre el país (Metha, 2019). Lo que ve desafiada su credibilidad, les obliga a reducir la angustia, extremar las dificultades de su tarea, abrirse a otros futuros, y prever otros escenarios para desarrollar un proyecto, que se sintetizan en el título de una crónica de BBC News Mundo (2021): ¿Por qué tantos haitianos se están yendo de Chile?

Este artículo, con una perspectiva etnográfica, etnológica y antropológica, discute esta relación imprecisa y no concordante entre subjetividad y estructura, y mecanismos de expulsión-atracción en términos micro-analíticos, a través del acceso a la vivienda, la relación con el control físico y psicológico del espacio y, los estructurales, como el trabajo, en los marcos de una economía neoliberal fuertemente cuestionada, con débil contrato social y que hace descansar el éxito en las capacidades individuales. Postulamos conforme a

⁴ Nos referimos a la presencia de grupos transfronterizos como el llamado “tren de Aragua” que participa en la comisión de diversos delitos, carteles de la droga extranjeros que disputan territorios, la aparición de formas extorsivas, secuestros y asesinatos por encargo, que son relevados como cuestiones propias de la inmigración.

registros etnográficos, entrevistas y datos secundarios, que existe para el caso haitiano una combinatoria de elementos forzados y alternativas reducidas de opciones migratorias, que crean una migración por privación, y que Chile como destino (de tránsito o final; arraigo y re-arraigo), no responde plenamente a expectativas de esperanza de una nueva y buena vida, dentro de una política de acogida y derechos humanos. Y, que pese a su importancia demográfica, preexiste una incapacidad y debilidad del Estado y los gobiernos para democratizar la sociedad y encontrar un equilibrio entre lo económico y político, así como para superar las brechas de desigualdad, alargando el “sufrimiento ontológico” que significa migrar (Loudior, 2016).

2. Antecedentes

La economía globalizada, su historia de acentuación del individualismo, y las formas de generación de riqueza y acceso al bienestar, crea una atmósfera que constituye un factor determinante para impulsar la migración entre países que presentan un diverso y heterogéneo crecimiento económico (Arias, Moreno & Núñez, 2010), estableciéndose básicamente factores de expulsión -como ha señalado Loudior (2016)- (i.e. coacción, inestabilidad, violencia, persecuciones, hambre, desastres naturales) y atracción (i.e. ingresos, estabilidad, trabajo, proyecto familiar, redes, oportunidades), lo que abre la expectativa del “sueño americano” como gran metáfora. De este modo, la migración aparece como “ampliación del espacio de vida” (Noda-México, 2021, p. 19), marcada por rutas migratorias tradicionales hacia países como Francia, Canadá y Estados Unidos de Norteamérica, aún cuando el cierre de fronteras en los países centrales vuelve la mirada hacia nuevos caminos, destacando Argentina, Brasil y Chile (Rojas et al., 2015; Gissi, 2020), lo que significa “gran dispersión de poblaciones caribeñas” (Noda-México, 2021, p.19).

Según Solimano et al. (2012), para el año 2011, las diferencias entre el PIB per cápita de Haití y de Chile, proporcionalmente es equivalente a un 6,5%, lo que es un incentivo muy importante para comprender la movilidad. Sin embargo, a la llegada deben asumir súbitamente la existencia de un país escindido: el “país más desigual de los países de la OCDE, donde el decil más rico gana 27 veces más que el decil más pobre”, conforme al índice de Gini⁵. Asimismo, el año 2019, según informes del Banco Mundial y de la Cepal, citados por el informativo electrónico Emol, es el décimo país más desigual de Latinoamérica y el

⁵ Ver: <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/chile-el-pais-mas-desigual-de-la-ocde-5063>).

segundo con mayor ingreso per cápita. El 50% de los hogares de menores ingresos accedió al 2,1% de la riqueza neta del país, el 10% de los más adinerados concentró el 66,5%, y el 1% de los súper ricos el 26.5% (Emol). Por lo que todo desarrollo humano queda marcado por la desigualdad, o la no “capacidad para funcionar” (Sen, 2010).

Sin embargo, no podemos reducir el proceso de movilidad solo a un factor económico para imaginar futuros posibles, ya que razones humanitarias son también un auténtico impulsor. Se debe considerar que, en 2010, se produjo el devastador terremoto en Haití, el que ocurrió a 15 kilómetros de Puerto Príncipe, en una ciudad densamente poblada, lo que tuvo alta incidencia en destrucción de las viviendas, con miles de muertes y un número superior de heridos. Se estima que el número de desplazados alcanzó la cifra de 1.5 millones, siendo algunos ubicados en campamentos temporales que para miles de personas se convirtieron en permanentes. Se canalizaron cientos de millones de dólares de ayuda externa para su recuperación, lo que permitió que se conociera al país como “república de las ONG’s”, siendo considerado el más pobre del continente. En el año 2016, el huracán Matthew destruyó el sudeste del país, causando nuevamente muertes y heridos. En paralelo, el país sufrió una epidemia de cólera que recientemente fue controlada. Después, otros sismos y huracanes menores, el protagonismo de las pandillas como dominadores de Puerto Príncipe y sus barrios, así como el asesinato de un presidente, consolidan su condición de inseguridad, la idea de que “no hay forma de vivir” y una gran diáspora producto del miedo y el hambre. Haití, desde el año 2004 ha estado intervenido por una Misión de las Naciones Unidas (MINUSTAH).

Los migrantes haitianos llegados a Chile, unos 180.000, tuvieron escasas referencias del país, fuera de generalidades como “estabilidad social, económica y mayor desarrollo que Haití”. Lo más conocido para ellos es la presencia de Chile a través de MINUSTAH (casco azules de la ONU), lo que le perfiló como una de las potenciales rutas, comenzando a llegar en 2014, vía República Dominicana o vuelos directos de tipo chárter. A partir de ello, tres ideas corren en paralelo como claves migratorias:

1. Los cascos azules abren una ruta de viaje. Contaron su propia versión de Chile o su propia fantasía en la que viven su endogamia de “familia militar”⁶, avalada desde el lugar ocupado dentro de la propia fragmentación del país. Ello significa una deformación del flujo de lo real y el trazo de las cosas, y una construcción de otredad: “mi país es mucho mejor que éste”; “en Chile no ocurre esto”⁷. Por tanto, aunque puede ser inconsciente lo que se comunicó en Haití, la imagen proyectada nunca fue la real, lo que genera una trampa de esperanza para los haitianos. Lo que se comunica es el país “imaginado” e “idealizado” en un contexto de devastación.
2. Los años que transcurren después del traumático terremoto y el huracán, direccionan las energías a la necesidad de encontrar un patrón de vida cotidiana. Lo que incluye la posibilidad de aprender un nuevo idioma, la búsqueda de un nuevo trabajo y un proceso adaptativo a nuevas costumbres. Entonces, en Chile ya no se encuentran amenazados, pero viven experimentando emociones diversas como el temor a lo distinto, la incompreensión, la desconfianza y la esperanza, y algunos, tratando de olvidar y poner fuera su pasado de privación.
3. Se incorporan a un país fragilizado, fragmentado y segregado, que es anterior a la llegada de todos los migrantes, ya que el acceso al crédito y el consumo no trasparenta la desigualdad estructural. A partir de su presencia, y la de otros grupos migrantes, se les acusa de generar presión sobre los distintos subsistemas. Y, el estallido social de 2019 y la posterior pandemia (2020), solo lo releva, y lo hace evidente⁸.

El encuadre de sus vidas está dado por dos elementos: 1) tratándose de extranjeros, la ciudadanía se entiende como un proceso “legal y procedimental” de naturalización de una

6 Viven en villas segregadas, algunos en casas fiscales, con sistemas de salud y pensiones autónomos, diferentes al resto de los ciudadanos.

7 Entre las cuestiones relevantes, está el encandilamiento sobre las cifras del ingreso per cápita (casi US\$ 25.000, previo a las crisis) y la conversión a monedas nacionales devaluadas.

8 Al momento de entregar la versión definitiva de este artículo, se han desarrollado dos procesos constituyentes que han sido rechazados en la propuesta de nueva constitución. Las motivaciones de base sobre la necesidad de protección social (salud, salarios, vivienda, pensiones y seguridad) y un rol más activo del Estado, y que reunieron a más de un millón de personas en las calles de la capital y cientos de miles en otras ciudades, las que paralizaron el país en sus actividades cotidianas, siguen sin respuesta.

estancia de 5 años (Ugarte, 2020), lo que hace que su residencia regularizada sea lenta y difícil, ya que deben conciliar tiempos administrativos locales con documentos como certificados de antecedentes emitidos en Haití, mientras predomina la urgencia para generar recursos y procesos de reunificación familiar; 2) una cuestión íntima y profunda, asociada a la disonancia de expectativas, ya que “no resulta ser tan fácil como se pensaba”... “si no se domina el idioma y no se tiene formación profesional”, “porque los sueldos son muy bajos”, “no es de justicia que nos tramiten tanto, y además debamos pagar multas”, como se reitera. Se generan largas “esperas” e interregnos de duda sobre la idea de que sus vidas y proyectos avancen en el corto plazo, ubicándose en los quintiles de pobreza dura. Además, con pocas opciones laborales, barreras culturales, imposibilidad de elegir dónde vivir, discriminación e inclusiones fallidas (BBC News Mundo, 2021; New York Times, 2021).

La condición aditiva de protesta (2019), de virus (2020), recesión económica y proceso constituyente (nueva Constitución), hace difícil rehacer el sistema social al punto imaginado de país atractor. Con millones protestando en las calles sobre la inequidad en la distribución de bienes y servicios, los abusos y malas e insuficientes prestaciones del Estado, y el descrédito de la institucionalidad y clase política, para los haitianos aparecen indicadores de estancamiento y fragilidad sistémica, como es la segregación, racialización residencial, informalidad laboral, la falta de protección social y la inexistencia de un sueldo vital, que son cuestiones propias de un modelo en declinación. Entonces, a partir de estos sucesos que se dejan caer sin dosificación, se comienzan a generar nuevas atmósferas de sentido sobre el vecindamiento.

La afirmación positiva sobre las bondades de Chile, puede ser leída como un placebo: de algo más real que lo real, que substituye el mundo o se convierte en el mundo; el país o la ciudad que nunca llegó a ser; la esperanza configuradora de que pudo ser algo; o, la pulsión de una imaginación que se desvanece. También el país que se aparece: el desencuentro de una visión anticipada del país, que se convierte en desilusión migrante, ya que a partir de 2019 el saldo migratorio es negativo, porque hay más salidas que ingresos de haitianos (BBC News Mundo, 2021).

Las aspiraciones tienden a no cumplirse en el Chile de 2020-21, dudando del arraigo como una clave de estabilidad, ya que según datos de la Subsecretaría de Interior, ingresaron al país en 2021, 2.444 personas de esta nacionalidad, y lo abandonaron 3.534. Decisiones

que interpelan por la elección, de cara a las condiciones estructurales de existencia cotidiana, las coyunturas como las señaladas y la lentitud para alcanzar status legal. Las que abren otras dinámicas, que indican que lejos de querer regresar a Haití, quieren encontrar otro destino conocido y ubicado en su imaginario: Estados Unidos de Norteamérica. “Muchos de los que estamos aquí, nos queremos ir”, expresa una reelaboración de la posibilidad de quedarse y un retorno al norte, que finalmente se traduce en reemigración de estos haitiano-chilenos, encontrándose ahora en un tiempo de espera bajo un puente, en la configuración de una necrofrontera entre ciudad Del Río (Texas, EEUU) y ciudad Acuña (Coahuila, México)⁹. Esto, porque en agosto del año 2021, el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica estableció un Estatus de Protección Temporal (TPS) por 18 meses, para residentes indocumentados en su país. Lo que fue entendido entre sujetos interconectados como frontera abierta y que se estaba otorgando asilo¹⁰, lo que provocó una movilización cifrada en 10.000 haitianos en la pequeña ciudad, dentro de los cuales encontraban una ventana de oportunidad aquellos avecindados y desencatados con Chile. Sin embargo, en el lado mexicano del río, fueron encontrados como descarte una cantidad importante de documentos de identidad temporal emitidos en Chile, lo que se condice con las demoras en la regulación migratoria y acumulación de un cierto malestar, señalándose de manera coincidente que sería para “ocultar frente a los evaluadores de asilo en EEUU” la condición de seguridad que les ofrecía Chile durante años¹¹, lo que no los haría acreedores para un visado.

9 Se trata de un contraflujo que posee especificidades y desafíos, cuyo objetivo es mantener la esperanza. Inicia en Santiago de Chile hasta la ciudad fronteriza de Arica, en el norte, desde donde caminando (sin papeles de identidad) y en autobuses (con papeles de identidad) se pasa a Perú, luego a Ecuador, Colombia, Panamá (Tapón del Darién), Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Guatemala y México (Tijuana), lugar de tránsito en la que se conforma una “pequeña Haití”, a la espera de encontrar condiciones para cruzar la línea de frontera con Estados Unidos. Los dispositivos propios del llamado “necrocapitalismo”, lo que se fundamenta como “necropoder” por parte de gobiernos (militarización) y grupos y bandas criminales organizadas, con industrias de control y restricciones elementales para el libre tránsito de las personas (ver Mbembe, 2011), transforma la movilidad humana en mercancía, estableciendo que el registro migratorio siempre está por delante de los derechos humanos y de el derecho a la vida.

10 <https://elpais.com/mexico/2021-09-17/mas-de-10000-migrantes-haitianos-retenidos-en-un-campamento-precario-bajo-un-puente-en-el-sur-de-texas.html>

11 <https://www.biobiochile.cl/noticias/internacional/america-latina/2021/09/23/decenas-de-migrantes-haitianos-estarian-descartando-sus-cedulas-chilenas-en-la-frontera-sur-de-eeuu.shtml>

3. Marco tempo-espacial: Protesta social, pandemia y proyectos de vida

El 19 de octubre de 2019 y la pandemia, dejaron casi 2.000.000 de desempleados. Creándose una condición policrítica y multisituada, ya que implica afectación al trabajo, la vivienda y la alimentación, y al envío de las remesas, ya que muchos parientes mayores (padres y madres en edad no productiva) o cuidadores de sus hijos en Haití, dependen del envío regular de dinero, fragilizando el requerimiento de las familias en el exterior y su reunificación.

Señala Edson, comerciante ambulante, 30 años:

“siempre le envío dinero a mi familia a Haití. Pero, me gustaría tenerla acá conmigo. No es lo mismo estar sin la familia”.

Arely, 30 años, señala:

“nosotros tenemos otro modo de vivir. Vivimos todos cerca... casi juntos. Las familias son muy grandes... aquí no tenemos eso para ayudarnos”.

Celine, agrega de manera literal: “yo tenía 20 años, ahora tengo 26 y dos hijos. No sabía español antes de venir. Mi papá se quiso venir, porque allá no tienes lo suficiente para ayudar a la familia. Me vine con mi papá, después llegó mi marido, después mi hermano y un tío... todos los meses mandamos dinero a mi hermana y hermano...”.

Aguste, 27 años, agrega: “esto no da para más... muchos nos queremos ir a otro lado ... Aquí no avanzas”.

Sabemos que el trabajo es un componente central en la vida de las personas, pudiendo determinar su experiencia de vida migratoria. En esta perspectiva, también lo es para el arraigo, el que está definido por dimensiones positivas como: el trabajo y el salario estable, el tener pareja, hijos y redes familiares, contar con estabilidad política, económica y social, una política migratoria favorable, desarrollar inversiones en vivienda, compra de bienes o

desarrollo de emprendimientos, el reconocimiento de la sociedad receptora, el acceso a servicios como la educación, la salud y la recreación. En el plano formal, su consolidado prefigura condiciones para un proyecto de vida y la disposición positiva para permanecer, articulando la vida en las estructuras espacio-temporales locales como conciencia ética, de responsabilidad, libertad y dignidad.

Sin embargo, todo indica que las condiciones para el arraigo constituyen sólo un “desde”, es decir, unas condiciones referenciales que tienden a la estabilidad y pueden ser cuantificadas, que son esenciales para la creación de un sistema de oportunidades. En ningún caso determinantes para definir al arraigo, porque la “desigualdad siempre implica excluir a alguien de algo” (Therborn, 2016, p. 28). Así, lo importante como reflejo del índice Gini y la estructura etnocrática del país, es si el conjunto de dimensiones que conceptualiza el arraigo es subjetivamente suficiente para “ser ciudadano” y “tener control” sobre la existencia y el entorno. Entendiendo que la ciudadanía otorga pertenencia a una comunidad política, entregando la posibilidad de participar en cuestiones incidentes en la vida pública, ya que este status les garantiza iguales derechos, deberes, libertades, restricciones y responsabilidades. Entonces, ¿qué tan lejos o cerca se encuentran de esta condición? ¿Bstan estas dimensiones objetivizadas?

La posibilidad que esto acontezca, está conectada con lo que Guy Standing (2013) establece como cuestiones estructurales, porque un segmento importante de la fuerza de trabajo haitiana está en la categoría de “precariado”, lo que no les diferencia de un trabajador cuya industria o país trabaja para Walmart. Existen retenes para avanzar; más oferta que demanda de trabajadores. No tienen seguridad en el puesto de trabajo, frente a enfermedades y accidentes, desplegar habilidades autónomamente, mejorar en los ingresos y la representación a través de instituciones.

La coyuntura afecta decididamente la cadena de valor, entrando en cuestionamiento, y de manera acelerada, la expectativa de arraigo, porque se declaran complejas las posibilidades de autodesarrollo presente y futuro, siendo difícil validar las relaciones interpersonales en la vida cotidiana (racismo y clasismo) y el mundo laboral (desvalorización y prescindibilidad), para direccionar la vida hacia las cuestiones esenciales en lo espiritual y lo material (tiempo personal y familiar, infraestructuras y vivienda). Se fragiliza la condición

basal de apertura hacia el futuro, desvaneciéndose la certeza de un conjunto de decisiones vitales, una frustración objetiva frente a las expectativas y la metas que orientan las decisiones. Se acentúa la ausencia de contrato social dentro del Chile neoliberal, que domina su inserción urbana segregada y su sujeción estructural, entendida como “inculcaciones, imposiciones, simbólicas y corporales, inscritas en los individuos, que les impiden autorizarse ciertas actitudes o que los obliga a percibirse bajo forma de estigmatizaciones múltiples” (Martucelli, 2021, p.73).

El proceso aditivo entre protesta social y pandemia, produce un auténtico “desborde”: “un trastorno que desata alarma, incertidumbre, ansiedad y polarización en la población” (Tironi, 2000, p. 22). Las estructuras locales de desigualdad, las geografías del poder y de las oportunidades, singularizaron las formas de diseminación e intensidad viral entre los más vulnerables, ya que el individualismo que sostiene al modelo responde a dos cuestiones causa-efecto: a la responsabilidad y la responsabilización. Los haitianos son responsables de su decisión y de lo que le acontece a partir de ellas (Martucelli, 2021). En términos simples: “nadie obligó a venir a este país”; “nadie obliga a permanecer en este país”; “nadie aseguró nada en este país”; “nadie dijo que las cosas son fáciles en este país”; “nadie habló de las formas de ganarse la vida en este país”. Lo perverso que esconden estos implícitos, es que se integran a una sociedad que se presenta como simple reunión de individuos, dentro de un ordenamiento sociocultural que reduce capacidades y viola la dignidad humana -como sostiene Therborn (2016). Porque no alcanzan igualdad de oportunidades ni igualdad de resultados; dominando siempre una elección por restricción cuando se trata de un país, un barrio o una vivienda.

4. Encuadre metodológico

A partir del trabajo de campo realizado entre los años 2017 y 2020, principalmente en las comunas de El Bosque, Quilicura, Estación Central y Santiago-Centro, en la ciudad de Santiago de Chile, se realizaron entrevistas en profundidad, *in situ*, a 22 personas migrantes de nacionalidad haitiana; 11 mujeres y 11 hombres, que no sobrepasan los 35 años, y menos de la mitad están regularizados. Las comunas fueron seleccionadas conforme a densidad demográfica haitiana, y para dar cuenta etnográficamente de la heterogeneidad espacial y urbana de la capital (centro, peri-centro y periferia). Son espacios en los que se están desarrollando nuevas formas de segregación e interacción social entre nacionales y

extranjeros, porque es un hecho que se produce una modificación en la escala de la segregación social durante las dos últimas décadas; y, porque han ingresado recientemente miles de personas por pasos no habilitados y de manera irregular al país, quienes han transformado el paisaje urbano con formas de ocupación en las calles, allegamiento y hacinamiento¹², tomas de terreno para levantar viviendas, instalando carpas en los parques o desarrollando prácticas de mendicidad.

Las entrevistas fueron realizadas directamente con una estructura de preguntas triádica: 1) preguntas descriptivas o exploratorias, que definen los niveles más generales y los rasgos más típicos (hábleme de; cuénteme de Haití); 2) preguntas de focalización o estructurales, dirigidas a averiguar dónde se ubica el actor; a identificar las estrategias de totalización y agrupación (dónde se siente mejor, más reconocido/a); y, 3) preguntas de contraste, que buscan confrontar en base a una estructura diádica, rasgos, elementos y situaciones que tratan de definir al interrogado frente a dos o más alternativas (¿cuáles son las diferencias entre Haití y Chile?; ¿hay diferencias en el trato a los trabajadores chilenos y haitianos?).

El enfoque de análisis sostiene la primacía de las relaciones y procesos por sobre la mirada respecto a los sistemas o agentes, buscando la lógica del entretejido social y las posiciones en la estructura, para identificar su voluntariedad y comprensión frente al repertorio de posibilidades locales. La unidad de análisis son los individuos, teniendo presente las redes de sociabilidad que se van constituyendo día a día; siguiendo la “perspectiva del sujeto-objeto”, en la cual el objeto no queda reducido al sujeto como tampoco los sujetos están determinados por las estructuras. Esto constituye el triángulo estructura-subjetividad-acción. Los/as haitianos/as participantes relataron cómo ha sido la experiencia de habitar en Chile, qué hechos han sido positivos o negativos en su convivencia con chilenos u otras nacionalidades, especialmente respecto a los ámbitos económico, político, cultural y espacial de la incorporación o exclusión social, y cómo se imaginan su futuro, quedándose en Chile (arraigo), regresando a su país de origen o re-emigrando,

¹² El allegamiento se entiende como una forma de co-residencia, la que se acelera en momentos de crisis económica. Significa que en una misma vivienda o terreno se relacionan cotidianamente dos o más hogares o núcleos familiares. El hacinamiento refiere a cuando los habitantes de una vivienda superan la capacidad de ocupación del espacio disponible, lo que afecta negativamente la salud física y mental, lo que constituye un rasgo estructural en los quintiles de más bajos ingresos.

considerando las condiciones de las sociedades de origen y destino, así como los recursos individuales, familiares y comunitarios disponibles frente al país que se les aparece.

El contenido de las entrevistas fue analizado por medio de una malla temática que se construyó a partir de la pauta de entrevista, la que privilegia el relato de instalación, la experiencia de vivir en Chile y los proyectos e imaginarios. El proceso de codificación se realizó paralelamente al de categorización (origen, edad, sexo, raza, hijos, regularización, años de residencia, lugar de residencia, calificación/actividad), incluyendo categorías emergentes. Finalmente, se utilizó el software Atlas-Ti 7.0, el que permite visualizar patrones y difundir los resultados. Esta producción de datos primarios se complementó con la búsqueda de información que entregan las bases de datos estatales, del INE y DEM (2020), encuestas CASEN (2017 y 2019) y Censo 2017.

5. Análisis

5.1. La institucionalidad sin respuestas: la pandemia de la desigualdad

El día 03 de junio de 2020, las noticias dieron amplia cobertura a un incendio, en lo que se llama eufemísticamente *cité de la comunidad haitiana*. Las personas afectadas: 52 inmigrantes que vivían en 20 habitaciones alquiladas de dos por dos metros, las que fueron trasladadas a un “hotel” habilitado para contagiados/as de Covid-19. Muchos otros episodios confirman esta condición de una “población en sí”; sin identidad propia y pertenencia a un mundo fabril, como lo fue el clásico proletariado (Sanding, 2013). Las condiciones de vida y trato presionan la “concepción imaginaria de la sociedad”, ya que las instituciones democráticas que representan parcial y laboriosamente aquellos intereses individuales con los colectivos, son incapaces de responder (Dubet, 2017, p.102).

Como señala Moriz, comerciante callejero, 32 años:

“decidí venirme a Chile, después del terremoto de 2010... Conocí a personas que estaban con los ‘cascos azules’, los que me ayudaron mucho [con referencias]. Me hablaron muy bien del país ... ahora todo se ve difícil. Nada es lo que uno quisiera... todo es trabajo de doble jornada”.

Afloran miedos frente a las dificultades de cohesión de nuestra sociedad, como ocurre con la desigualdad y la pandemia. Lo que parecía normal se volvió intolerable. Se produce un agotamiento general del *stock* de confianza y esperanza en el modelo neoliberal (Matamala, 2020), revelándose las menguadas posibilidades de movilidad y ascenso social para la gran mayoría de la población, y las dificultades para desarrollar procesos de integración social y reconocimiento en el marco de derechos humanos para inmigrantes afrodescendientes.

Señala Guelda:

“Estamos acá por necesidad... ellos están en su país, y si están sin pega [trabajo] pueden ir a vivir con su mamá. Andan esperando un trabajo que le paguen un millón, pero a nosotros nos pagan 300.000 pesos, y con eso pagamos arriendo y arreglamos con esto. No podemos esperar un año porque no tenemos dónde ir si nos echan, no podemos quedarnos sin pega. Por eso, a veces nos tratan así, como trabajamos por poca plata y porque por culpa de nosotros se quedaron sin pega. No creo que es por culpa de nosotros”.

Celine, 26 años, trabajadora de una empresa de aseo:

“yo creo que el cincuenta por ciento de los chilenos es racista con los haitianos”.

Romuald, de 18 años, señala:

“A personas de mi color los hacen todavía verse raros. Creo que en 20 o 30 años más sea más accesible [ser haitiano]”

Sobre la discriminación, señala Pierre, 29 años:

“si voy pasando en un barrio muy peligroso, y algunos jóvenes me gritan como ‘oye negro, [insulto]’ o cosas así, para mí, veo que es la ignorancia. Lo hacen para sentirse bien ellos mismos, mientras tratan de dañarte, pero no sé si es por como crecí o por mi educación... Eso ya no me puede dañar, psicológicamente estoy listo para eso”

Guelda, agrega:

“Y llegas al consultorio y la gente te trata como basura y uno no... en tu país nadie te hace esas cosas. Uno piensa cómo dejé a mi país, yo me sentía bien allá”.

El virus alcanzó tempranamente una carga económica y política que debe ser leída dentro del neoliberalismo y de la libre búsqueda de la felicidad. En ausencia de contrato social, cada individuo debe incursionar en la realización de sus propios fines y vivir con la responsabilidad de sus decisiones dentro de su hogar o fuera de él. De este modo, así como se derrumba un “Modelo” para los chilenos (Tironi, 2020), se desploma un imaginario de confianza para los afrodescendientes. El dispositivo de organización del gobierno, sostenido en el crecimiento económico, el consumo, las instituciones y la idea de destino común, desaparece. Y, en este escenario, haitianos y haitianas presentaron dificultades mayores de protección y para cumplir con las normativas impuestas por la autoridad sanitaria en el momento más crítico del Covid-19. Estuvieron más expuestos al contagio por sus actividades laborales informales en la calle¹³ y las condiciones de su vivienda.

Louis, 28 años, señala:

“trabajé en una bodega, después en una bomba de bencina, ahora en un colegio en los computadores... con lo que gano no puedo cambiarme de barrio y no puedo vivir... no me alcanza... debo vivir con mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos. Él trabaja en una bomba de bencina, y mi hermana en aseo. Le mando fotos a mi papá y no puede creer cómo vivimos”. Rose, 24 años, aseadora de un colegio, agrega: “esto es lo que tenemos, esto es lo que hemos logrado...”. Muestra su sitio y su casa en Batuco, Comuna de Lampa, al norte de Santiago; tomado (apropiado), sin agua potable, alcantarillado, luz eléctrica y apenas unos estanques acumuladores de agua que el municipio dispuso. Son 750 familias en el campamento Villa Dignidad. Una barriada haitiana, marcada por la pobreza dura y sedimentada; un erial de injusticia que pronto será como toda la historia del entorno: un complejo de viviendas sin asesoría arquitectónica, conforme a disponibilidades financieras, armada por cada familia con el tiempo disponible.

¹³ La informalidad laboral del trabajo migrante haitiano, explica también que para realizar sus comercios se requiera bajo capital económico y poco dominio del idioma, lo que lo hace muy coherente con la naturaleza racista de la sociedad chilena.

Tienen importantes dificultades para acceder a la vivienda en términos de alquiler. Existe una tautológica adscripción a la pobreza: no pueden mejorar su calidad de vida porque son pobres y no hablan bien castellano; y porque no manejan el idioma y son pobres, no pueden lograr una buena vida. De este modo, los proyectos adquieren una nueva velocidad, porque el deseo de arraigo se conforma dentro de las determinantes de las estructuras y leyes económicas neoliberales que definen al país. Comienzan a experimentar en sus emociones, en el cuerpo, en la cabeza, la imaginación y los sueños, los límites del Estado, el débil conocimiento territorial de las autoridades sobre lo que acontece en los bolsones de marginalidad, la falta de espacios de encuentro y recreación, las escasas capacidades de agencia institucional y la condición de “inmigrante precarizado”.

En términos de análisis urbano, nadie discute en el mundo académico la segregación socio residencial (Sabatini y Brian, 2008; Agostini, 2010). Y, que “la rentabilización del suelo pasó a ser prioridad por sobre la calidad de vida de los habitantes” (Colin, 2020, p. 50)¹⁴. Como cientos de miles de capitalinos, viven alejados de servicios básicos, en medio de balaceras, peleas, asaltos y tráfico de drogas; lugares donde ambulancias, policías, bomberos, técnicos y controladores de servicios básicos como agua potable, telefonía y electricidad no pueden ingresar. Esta “marginalización avanzada” (Wacquant, 2003), corresponde a una segregación residencial que antecede al gueto, ya que se podría estar transitando hacia esta configuración (Jiménez, 2016), en cuanto la concentración de desventajas tiene límites y fronteras, y se da dentro de una institucionalización substituta interna (por ausencia de Estado) y una uniformidad étnica racial.

5.2 Geografías del poder y segregación

Al confirmarse el primer caso de contagio local, a partir de los primeros días del mes de marzo de 2020, se estableció toque de queda y cuarentenas selectivas por comunas y regiones, avalada por presencia militar en las calles. Se puso en suspenso la posibilidad de reactivación social y económica por la rápida propagación del virus, con una autoridad que

¹⁴ En plena dictadura cívico militar, en 1979, se entregó el ordenamiento de la ciudad al sector privado y se liberalizó el uso del suelo. La construcción de viviendas sociales se realiza con un subsidio a la demanda.

marcaba más el acento en lo económico que lo sanitario, aunque los casos de portadores aumentaban, las tasas de contagio se multiplicaban y las muertes se elevaban. Medidas cada vez más intensas (silenciando ciudades, inmovilizando aeropuertos, cerrando fronteras y sedentarismo obligatorio), generaron una “descotianización masiva” sin precedentes (Lins Ribeiro, 2021); las que incluyen restricción de movilidad y cierre de todo comercio y servicios no imprescindibles.

El colectivo haitiano manifestó efectos particulares en relación al cumplimiento de las normas sanitarias y las distintas medidas de prevención y cuidado frente al Covid-19. Sin documentación regularizada, están obligados a mantener una relación de necesidad con la informalidad en términos de trabajo y vivienda. Agudizándose el aislamiento, la segregación residencial, la precariedad de los vínculos formales con el mercado del trabajo y escasez de espacios de interacción entre diferentes clases/estratos sociales; lo que sedimenta una forma de territorialización específica de agrupamiento de alta densidad con hacinamiento y allegamiento, expresado en prácticas sociales singulares mediante las cuales se lleva a cabo la apropiación cultural –material y simbólica– del territorio¹⁵. La informalidad vendiendo prendas de vestir, baratijas, artículos de aseo en las ferias de abasto y alimentos preparados, o trabajando en lugares cercanos a su residencia en estiba de camiones o como cargadores, se vuelven “actividades no esenciales” para una ciudad paralizada, y claramente sancionadas desde la perspectiva de los decretos de cuarentena. Por estas situaciones que impedían la generación de ingresos, y sin un Estado que garantizara derechos sociales para todos, se volvieron a practicar en el país las denominadas “ollas comunes”, que no se veían desde los tiempos del dictador Pinochet en el poder (1973-1989).

La pandemia cuestionó y retrasó toda pretensión de sus proyectos y de control sobre sus vidas en el país, relevando cuatro cosas: 1) la incapacidad de ahorro que permita sobrevivir este tiempo largo, disminuyendo la posibilidad de enviar remesas, 2) la vulnerabilidad de las formas de lograr el sustento y construir un proyecto de vida desde un contrato social, 3)

15 En la capital, el nivel de informalidad (oficial) en el mercado laboral alcanza casi al 30% de la fuerza de trabajo. Los afrodescendiente se enfrentan a un Santiago, en el que existen comunas como San Ramón, donde en 1 km² viven cerca de 14.000 personas, siendo el hacinamiento casi una norma; el 82,8% de los inmigrantes alquila vivienda, un 27,4% no tiene contrato de arrendamiento, un 17% se encuentra con índices altos de hacinamiento y 19% dentro de inseguridad alimentaria moderada severa. <https://radio.uchile.cl/2020/05/15/desafios-de-la-pandemia-a-la-politica-migratoria-en-chile/>. Asimismo, no existen programas focalizados de viviendas para inmigrantes.

las deficientes redes para conseguir auxilio, agravadas en los casos de una irregular condición migratoria, 4) la precariedad de sus condiciones habitacionales, caracterizadas por el difícil acceso al cobijo digno, la ausencia de planes de vivienda con focalización para inmigrantes, el hacinamiento y el abuso en los valores del arriendo (de parte de chilenos y de inmigrantes ya establecidos, como los peruanos), producto de un mercado de vivienda desregulado y excluyente, propio de un régimen neoliberal y de una economía inmobiliaria.

Se desdibuja el arquetipo del país estable y sólido compartido por los cascos azules, la autocomplacencia de la clase política y las cifras de los organismos multilaterales, expulsando la ilusión de la normalidad que percibían sobre el Estado, la economía y la sociedad, lo que permite separar dos cuestiones en la relación de propagación y contención del Covid-19: 1) la lucha que se da en el plano sanitario, como problema institucional; y, 2) el régimen de excepcionalidad de las medidas con la que se toman las decisiones para hacerle frente, como cuestión biopolítica (i.e. el control de la movilidad, al disciplinamiento y el autoritarismo). En ambas dimensiones, el acento es retornar a la normalidad, pero siempre bajo el supuesto que tratándose de inmigrantes, éstos deben tener un perfil humano que coincida con principios liberales como el emprendimiento y la autonomía (Galaz, Gissi y Facuse, 2020), y no de la dependencia de los servicios públicos.

La tensión entre pandemia y la libertad neoliberal, la espera íntima de una mejor condición de vida, y la esperanza como imaginario del futuro, reconceptualiza el sentido de la existencia, el viaje y brevedad de la vida en tierra extraña (ver Rodríguez y Gissi, 2023); se repiense las efectivas posibilidades de integración, reconocimiento y arraigo. Dando cuenta de las condiciones de emergencia de algo inevitable en el mundo haitiano: la relación entre trabajo informal, uso del espacio público y vivienda; demostrando, producto de la deshumanización de sus condiciones de vida y violencia, la imposibilidad de cumplir la norma de confinamiento promovida por la autoridad. Entonces, hubo un estallido social para los chilenos y otro estallido para los inmigrantes haitianos. Una pandemia para chilenos y otra para haitianos. Lo que permitió su insurrección dentro la ciudad fragmentada, aunque no exista necesariamente convicción ideológica. Consolidó definitivamente una manera de ganarse la vida: todos salieron “irresponsablemente”, como se les reprochó a través de los noticiarios y prensa escrita, a comerciar a las calles. Por ejemplo, el immaculado metro de Santiago, caracterizado por su asepsia y movilidad expedita, fue asediado por todos los haitianos (y otros) que no podían contar con ayuda del Estado, ya que no están

regularizados. No lograron acceder a los bonos estatales, los que fueron generados para chilenos y extranjeros con ficha de “registro social de hogares”, cuyo requisito mínimo es contar con cédula de identidad.

5.3 La vivienda y el hábitat haitiano

Se establece un esquema polarizado entre un “me muero de Covid o me muero de hambre”. Aflorando la vivienda como un problema sistémico, que anuncia una condición de ganadores y perdedores, al revelar una contracción del espacio, una economía secreta de la usura y un atascamiento en las “posibilidades para funcionar” (Sen, 2010) y construir indicadores de bienestar objetivo y subjetivo. Ésta se caracteriza por lo siguiente (ver Rodríguez y Gissi, 2022):

1. Se ubica en espacios antiguos, “centrales y pericentrales, generalmente cerca de lugares de trabajo, dentro de un parque residencial de viviendas tugurizadas donde los propietarios –residentes y no residentes- se desligan del cuidado de dichos inmuebles...” (Contreras et al., 2016, p.4);
2. Son parte de un mercado de arriendo/subarriendo desregulado, sostenido en la imperiosa necesidad de conseguir un techo;
3. El allegamiento y el subarriendo se convierten en un ritual de paso para todos los recién llegados; nadie escapa del espacio compartido y sin privacidad;
4. En comunas centrales como Santiago, Recoleta, Independencia, Estación Central y Quinta Normal, y otras periféricas como Quilicura y El Bosque, en 65 o 70 metros se construyen hasta 8 habitaciones para parejas y familias, lo que hace inviable el confinamiento;
5. Muchas son laberínticas, oscuras e interconectadas, que no permiten distinguir el día de la noche; con largos pasillos y sin luz natural, albergan hileras de piezas de dos por dos o tres por dos metros; todas con baños compartidos, con cocina común, sin agua caliente, con conexiones eléctricas irregulares, con tendederos de ropa repletos;
6. Son 20, 30 y hasta 50 familias las que viven en antiguas casonas de mediados del siglo pasado, antiguos conventillos, en galpones reacondicionados y talleres que redefinen su uso y que no permiten la privacidad, con baños utilizados por más de 20 personas;
7. Son guaridas minúsculas; donde el ambiente es uno y múltiple, y no alcanza para ser íntimo ni sostener la idea de bienestar. Los espacios se desdoblan: de día son comedor, de noche dormitorio;

8. El espacio representa una segregación residencial; no es funcional, es frío, es incómodo y no tiene privacidad, lo que hace que se agrupe la desigualdad estructural dentro de una homotopía;

9. La informalidad que representa la vivienda, constituye una parte de la producción de la ciudad a través de distintas formas de ocupación (tomas, subarriendo), y una lógica de cómo acceder a éstas a través de la autoproducción (Contreras et al., 2016; Matus, 2019).

Etnográfica y etnológicamente el problema no es solo el espacio mismo y quiénes lo habitan, sino la idea del “estar” en el otro país y no avanzar en un indicador sensible. Si se aprecia, estamos hablando de un simulacro de casa y barrio “para funcionar”. O, de su carácter ficticio y problemático desde la accesibilidad y las amenidades. Una cama es también un espacio para comer; un barrio no tiene conexión con nada y no lleva a ninguna parte. Es imposible determinar dónde comienza y termina lo funcional y lo necesario, imponiéndose una de las formas más descarnadas de desigualdad, a las que ha apuntado Tilly (2000): los pares asimétricos, propios de diferencias raciales y étnicas.

Señala Celine: “llegamos a vivir a San Ramón. No me gusta la casa, no me gusta el barrio. No me siento bien; es una cosa de emoción. Me arriendan en 200 mil, pero ellos tienen la llave de la casa y vienen cuando quieren... no pueden venir cuando quieran... estamos pagando”.

Al interpretar los registros en la perspectiva de la pareja vivienda-arraigo, la densidad signífica de la parte de la ciudad ocupada por haitianos proporciona información sobre una condición de desigualdad: la distancia entre la vida desventajada y la vida posible (Therborn, 2016); y la tensión frente una vida sin recompensas y que se hace de pedazos de porvenir y miseria”. La sumatoria de vivencias es colectiva; extendida a familiares, amigos y vecinos. Adviene la idea de un país que no proporciona igualdad para todos, que ellos “no importan”, porque no existe la condición de ciudadanía. Las condiciones materiales de su vivienda son un secreto obscuro de personas que no pueden vivir en un mismo tiempo (multitemporalidad); son un gesto de ruptura temporal contra el maquillaje del país moderno al que se dirigieron. Se constituyen en “rehenes del deterioro” y de la diferencia entre “la estigmatización y la fortuna” (op.cit. p. 298) de quienes habitan la ciudad que no puede ensamblarse con armonía. Etnológicamente, se convierte un barrio extranjero en

ciudad extranjera, desconocida y escondida; inentendible, sin más referencias que la aporofobia que despiertan.

La vivienda está asociada exclusivamente al dinero, a la capacidad de pago y compra. Cumple los 4 principios de la economía chilena: 1) dejar afuera las cuestiones relativas al *deber ser*; 2) todas las cosas tienen precio; 3) el Estado no debe tener injerencia en el mercado; y, 4) el gasto social debe ser mínimo (Mayol, 2020, p. 30). Por lo mismo, el dogma de no hacer intervenir al Estado en cuestiones tan sensibles para un proyecto de vida, permite la tipología de la vivienda descrita, que el subarriendo sea abusivo y no se verifique la movilidad social y espacial.

“Lo único que queda es trabajar más, para vivir bien”, señala Celine. La disparidad y la negación son parte de una ciudad paralela en la que viven, que corre a distintas velocidades. Por ello, la ciudad política-administrativa configura solo un discurso, sin profundidad, sin presente, futuro y sin sentido para haitianos. “Todo es tan feo, todo es tan horrible”, señala Louis. O, como señala Kevin, es irracional: “Cómo es posible que reciba 300.000 mil por el trabajo, y deba pagar 250.000 por una pieza”.

En tiempos de Covid, la alterización a través de la vivienda y el barrio se vuelven cuestiones ominosas; se vivió allá en Haití como problema estructural, pero también es de aquí, como experiencia de desigualdad fundante. La “responsabilización” (Martucelli, 2021) como principio en el que descansa el modelo, los obliga a asumirse desde la biografía y la interseccionalidad; como clase, raza, género y condición de migrante. Por tanto, la vivienda es el resultado del propio desempeño y decisiones, por acción u omisión, impulsándolos a trabajar en dobles jornadas todos los días, lo que degrada toda explicación estructural. La intimidad neoliberal identifica la libertad con elegir; y, les responsabiliza sobre su presente y destino, ya que lo ancla a un determinismo de su pasado que radica en un discurso anticipado: son inmigrantes pobres.

A través de la autonomía se elimina el concepto mismo de hogar y de resguardo del mundo interior como consenso, entendiendo que es vientre, intimidad, “un refugio, un retiro y un centro” como señala Bachelard (2014, p.121). A través de la filosofía de la autonomía y la responsabilización, el tecnócrata neoliberal cambia el concepto vivienda y la dimensión del objeto que permite la vida y el refugio; pone el acento en el objeto y no en el vínculo. Así, surgen las viviendas que apenas se habitan, de las que las personas quieren huir; solo se duerme, no se puede estar, porque son casi irreales. Entonces, el confinamiento pedido a la

población bajo prerrogativas de un “estado de excepción sanitario”, no puede darse en coordenadas abstractas como la inmovilidad, en algo que no es considerado una casa por inmigrantes afrodescendientes.

5.4 Las grietas de la normalidad sistémica

La pandemia no se puede disociar de la lógica desigual de la inversión capitalista en la ciudad, de la proliferación de una lógica de división del trabajo que es geográfica, de la segmentación de las actividades reproductivas y las distinciones sociales ordenadas espacialmente. Las condiciones de vida infrahumanas de muchos afrodescendientes, corresponden a una cicatriz que revela el desmantelamiento de los Derechos Humanos como biopolítica capitalista. Los que habitan estos eriales son los vencidos, los minimizados del Modelo. La menguada remuneración recibida en trabajos menores, informales e inestables, y la ausencia de una política de vivienda y seguridad para inmigrantes, los mantiene en condición de vulnerables. No permite a éstos consumir el fruto de su propio trabajo, manifestando la explotación de la mano de obra como rasgo desechable y como cuestión propia de la condición de autonomía.

Como mano de obra largamente indocumentada, que excluye e inmoviliza, “dentro de una tempografía de la documentación” (Auyero, loc. cit. Ugarte, 2020, p. 99), el fetichismo de los papeles pareciera oficialmente ser un elemento de salvación. Aunque ello no anula la idea de una ciudad que se mueve en tres frecuencias temporales, espaciales y existenciales: excluidos e inmovilizados, sectores medios o agotados, y la élite o ubicuos dentro del sistema.

La pandemia resemantizó el discurso de la normalidad sistémica. Encadenó desempleo, empobrecimiento, aumento de algunos precios y dificultades para el pago del alquiler. El Servicio Jesuíta Migrante (SJM), institución preocupada por sus condiciones de vida, y que provee de manera expedita y no burocrática ayuda en alimentos, asesoría jurídica y beneficios económicos para realizar trámites migratorios y para pagar alquiler hasta por 4 meses (con un máximo de unos *US\$* 230), lo que se realiza a través de una aplicación tecnológica (app), destacó un aumento significativo de demanda de auxilio. Si en los meses de febrero y marzo (2020) tenía unas 300 consultas directas, desde mayo tuvo un alza

exponencial de 2.500 visitas, siendo lo más solicitado el tema del alquiler producto de la imposibilidad de cumplir con compromisos pactados por no generación de dinero.

El confinamiento se volvió incumplible estructural y subjetivamente, ya que salir a la calle es una estrategia y práctica de sobrevivencia que evita el consentimiento jerárquico. Desafían el modelo de comercio establecido, que expresa todo el racismo institucional frente a otras prácticas. “Quédate en casa”, “cuídate”, no pueden enfrentarse a la necesidad de “ganar hoy, para comer mañana”. Viven al diario los haitianos. No tienen ni dinero ni alimentos que les permitan resistir en una incierta e ilimitada extensión de medidas profilácticas; su a veces irregular condición migratoria (que tengan su permiso de turismo o visa de residencia vencida), los pone a distancia de los municipios (algunos habiendo recibido el reconocimiento del “Sello Migrante” por parte del Departamento de Extranjería y Migración, DEM, dadas sus “prácticas hospitalarias”), que es donde se tienen las fichas de protección social y se auxilia a las familias más necesitadas, por temor a develar esta condición.

De este modo, el problema de la pandemia no es sanitario solamente, ni tampoco económico. Une biología y cultura, naturaleza y política. Revela la precaria institucionalidad sanitaria para proteger las vidas. Por ello, la transformación material de las ciudades y barrios, es también un problema bioético y de DD.HH., que responde a una familia de valores asociados como los bienes comunes y necesidades que apuntan “al seguir viviendo”, como sostiene Villoro (2005, p.53). Los que en filosofía política son considerados primarios o de sobrevivencia como la vivienda y el trabajo, con los que todo hombre y mujer debe contar elementalmente para sobrevivir (op. cit.). Para que éstos alcancen su real dimensión, se requiere de los “bienes de convivencia”, que son los de seguridad y pertenencia, y que reflejan la calidad de ser sociable. En este sentido, “seguridad quiere decir que mi relación con los demás pueda realizarse con un mínimo de paz y sin violencia; la pertenencia debe traducirse en la aceptación de que cada individuo, hombre o mujer, pertenece efectivamente a una colectividad, a una sociedad mayor que lo acoge” (Villoro, 2005, p. 54)

Todas las cuestiones enumeradas son parte de la “lista de normalidades”. La vivienda y el barrio representan condiciones indignantes, semejando cada día más un *apartheid*. Representan la negación e invisibilización de la demanda y el deseo a través de lo que expresa semánticamente su negritud. Pero el contenido mismo de lo que es el *apartheid*, se convierte en el reproche argumentativo de la pandemia, ya que el protocolo de “lavarse las

manos, usar mascarillas y mantener distancia social”, que son procesos de realización necesarios definidas por la autoridad sanitaria, son precisamente las cuestiones que dividen a la ciudad en distintas dignidades. La imposibilidad de quien no recibe ingresos, tiene hambre y debe pagar el alquiler, no pueden ser resueltas dentro del horizonte neoliberal, ya que este *apartheid* es privativo de múltiples derechos o una flagrante obstaculización hacia ellos, en términos de salud, en favorecer el equilibrio emocional, el desarrollo intelectual, la recreación y la convivencia plena.

La calle, sobrepoblada de comerciantes ambulantes, para algunos fue objeto de sanción y reproche; para haitianos se trata de un acto político de insurrección y de confirmación del derecho a la ciudad. Su conciencia práctica, puso en jaque a la autoridad y su auténtico narcisismo y paranoia en su interés de domesticar la acción e introducir nuevas rutinas para establecer “la nueva normalidad”. Haitianos y haitianas se rebelaron al confinamiento como ritual purificador, utilizando el lugar asignado estructuralmente y la calle como dimensión de visibilidad, aprovechando la imagen de la ciudad dispersa. Dejan de remitir a lo que pudiese ser la “verdad oficial”, para convertirla en eventualmente legítima.

Como señala Audebert (2021, p.16-17): “los intentos de migrar y refugiarse donde la vida se pueda vivir no cesarán”. Y, ello implica hacer todo lo que se pueda, y luchar contra todo. La dirección es siempre la misma: “huir hacia horizontes de vida distintos”.

6. Conclusiones

La dificultad de extender la noción de ciudadanía hacia inmigrantes permanentes (establecidos con o sin papeles al día) como los haitianos, deja al descubierto que la política migratoria y el neoliberalismo no permiten generar procesos inclusivos y de reconocimiento plenos. De modo que se construye y/o deconstruye su proceso de arraigo desde la desventaja y desde la alterización espacial, racializada, lingüística y clase. Con ello, se fortalece la figura de los funcionarios del Estado, quienes sostienen un arquetipo asociado a identidad y territorio de origen (inmigrante pobre y que demanda recursos del Estado), que se cataliza localmente como parte de un territorio fragmentado y segregado, para que la fantasía de la identidad nacional homogénea se cristalice, pero obviando la plusvalía extraída de sus cuerpos que los arrastra a sus empobrecidas vidas. Esto refuerza la tradición racista del Estado y la sociedad.

De ahí que los/las haitianos/as estén experimentando algo que se volvió tan transparente, que se hizo insoportable: el miedo que engendran los cambios, contrario a toda posibilidad de arraigo que descansa en el equilibrio de distintas dimensiones; y, la imposibilidad de superar la desigualdad de origen. Una desigualdad singular, permanente, estructural, leída y vivida en código migrante, que no puede ser experimentada como destino común; es decir, simplemente se expresa como clase y raza, ya que existe una trayectoria que les desfavorece, o microhistoria, ubicada más allá de las estructuras y que les hace *sui generis*. Se unen a la fracción más vulnerable de la población; a la estructura urbana de los lugares estigmatizados y a la perpetuación de la desigualdad dentro del Modelo meritocrático.

El bienestar, o el camino a la buena vida, queda en suspenso desde la “segregación residencial”. Se materializa solo cuando las personas tienen la posibilidad de hacer más cosas con su vida, tomar mayores decisiones y contar con seguridades. Desde finales de 2019 hasta marzo de 2021, al menos, a través de la incertidumbre se desdibujaron los presupuestos del arraigo haitiano (y de otros inmigrantes), para presentar la cara menos amable del país y de la ciudad, más descarnada, así como la cruel alterización sociespacial. Hay una sincronía desajustada entre la esperanza y la experiencia lugarizada; una ruptura con la idea de vida en Chile, la que tiene expresiones de rearraigo en otro lugar.

7. Bibliografía

- Aninat, I. y Vergara, R. (2019). *Inmigración en Chile. Una mirada Multidimensional*. Santiago: CEP- FCE-
- Agostini, C. (2010). “Pobreza, desigualdad y segregación en la Región Metropolitana”. *Estudios Públicos*. 117, p.219-268.
- Arias, G., Moreno, R. y Núñez, D. (2010). *Inmigración latinoamericana en Chile: Analizando perfiles y patrones de localización de la comunidad peruana en el área metropolitana de Santiago*. *Revista Tiempo y Espacio*, 25, p. 1-16.
- Audebert, C. (2021) *Migraciones y diásporas en el Caribe*. En (Trans)Fronteriza Número 10, Septiembre, p. 19-25.
- Bachelard, G. (2014) *La tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayo sobre las imágenes de la intimidad*. México: FCE.
- Bonnefoy, P. (2021) *Las cosas se pusieron muy difíciles: los haitianos en Chile siguen migrando a EEUU*. *The New York Times*
<https://www.nytimes.com/es/2021/09/28/espanol/migracion-haiti-chile.html>

- Boric, L., Gissi, N. y Saldívar, J. M. (2021). “Migraciones transnacionales en contextos latinoamericanos: experiencias, prácticas y dis-continuidades en la creación de futuros posibles”, en *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 43, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, Bogotá, p. 3-23. <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/full/10.7440/antipoda43.2021.01>
- Colin, C. (2020) “Movilización social y afectos en la defensa barrial en Santiago centro (Chile). En *Del barrio al territorio. Geografías y escalas de cohesión social*. Méndez, M., Link, F., Ramírez, N., eds., pp. 45-62. Santiago: RIL Editores.
- Contreras, Y., Ala-Louko, V. & Labbé, G. (2016). “Acceso exclusionario y racista a la vivienda formal e informal en las áreas centrales de Santiago e Iquique”, *Polis [En línea]*, 42. Consultado el 01 mayo 2020. URL: <http://journals.openedition.org/polis/11266>
- Dubet, F. (2017) *Lo que nos une. Cómo vivir juntos a partir del reconocimiento positivo de la vivienda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Emol.com (2019) Banco Mundial: Chile es el décimo país más desigual de Latinoamérica y el segundo con mayor PIB per cápita. <https://www.emol.com/noticias/Economia/2019/11/05/966244/Chile-decimo-mas-desigual-Latinoamerica.html> (descargado 5 junio, 2021).
- Fundación La Capital (2015). La Capital en Puerto Príncipe: cómo se vive en Haití, un país atrapado en la miseria. Disponible en <http://www.lacapital.com.ar/la-capital-puerto-principe-como-se-vive-haiti-un-pais-atrapado-la-miseria-n471642> Accedido el 03 de junio 2022.
- Galaz, C., Gissi, N. & Facuse, M. (2020) “Prólogo”. En *Migraciones transnacionales. Inclusiones diferenciales y posibilidades de reconocimiento*. Pp. 8-12. Santiago: Social-Ediciones, Universidad de Chile.
- Gissi, N. (2020). “Habitando e imaginando desde un Santiago pluricultural segregado: inmigrantes haitianos y venezolanos, ¿arraigo o retorno?”, en C. Galaz, N. Gissi y M. Facuse (editores), *Migraciones Transnacionales: inclusiones diferenciales y posibilidades de reconocimiento*, Social-Ediciones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. ISBN: 978-956-19-1177-2, pp. 15-42.
- Grosfoguel, R. (2003) *Colonial Subjects: Puerto Ricans in a Global Perspective*, Berkeley: University California Press.
- INE & DEM (2020). Estimación de personas extranjeras residentes habituales en Chile al 31 de diciembre de 2019. Informe Técnico, en <https://www.ine.cl/docs/default-source/demografia-y-migracion/publicaciones-y-anuarios/migraci%C3%B3n->

- internacional/estimaci%C3%B3n-poblaci%C3%B3n-extranjera-en-chile-2018/estimaci%C3%B3n-poblaci%C3%B3n-extranjera-en-chile-2019-metodolog%C3%ADa.pdf?sfvrsn=5b145256_6
- Jiménez, E. (2016) “Inmigrantes negros en la población los Los Nogales de Estación Central. El preludio de un gueto”. En *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración*. M.E. Tijoux (editora), p.159-172. Santiago: Editorial Universitaria.
- Koechlin, J., Vega, E. Solórzano, X. (2018). “Migración venezolana al Perú: proyectos migratorios y respuesta del Estado”. En *El éxodo venezolano: entre el exilio y la emigración*, J. Koechlin y J. Eguren (Eds), p. 47-96. Lima: Universidad Antonio Ruiz de Montoya-Konrad Adenauer Stiftung-OIMS-OBIMID.
- Lins Ribeiro, G. (2021) “Descotidianizar” el mundo. La pandemia como evento crítico, sus revelaciones y (re)interpretaciones”. En *Desacatos*, N°65, p. 106-123.
- Louidor, W.E. (2016). *Articulaciones del desarraigo en América Latina. El drama de los sin hogar y sin mundo*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Martucelli, D. (2021) *El nuevo gobierno de los individuos. Controles, creencias y jerarquías*. Santiago: LOM Ediciones.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Disponible en: <https://aphuuruguay.files.wordpress.com/2014/08/achille-mbembe-necropolc3adtica-seguido-de-so-bre-el-gobierno-privado-indirecto.pdf>
- Matamala, D. (2020) *La ciudad de la furia*. Santiago: Catalonia.
- Matus, P., Ramoneda, A.& Valenzuela, F. (2019) “La integración social como desafío: análisis del programa de campamentos en Chile (2011-2018)”, *Revista INVI* 34(97): 49-78,
- Mayol, A. (2020) *Big Bang. Estallido Social 2019. Modelo derrumbado, sociedad rota, política inútil*. Santiago: Catalonia.
- Noda México - (In)movilidad en las Américas y COVID-19 (2021) “Carravana de migrantes: Huír de la ciudad cárcel”. En *(Trans)Fronteriza* Número 10, p. 10-19.
- Paúl, F. (2021) ¿Por qué tantos haitianos se están yendo de Chile? BBC News Mundo. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-58550943> [descargado 13 nov. 2021]
- Rodríguez, J. C. y Gissi, N. (2023) “Entre la espera y la esperanza: dimensiones temporales de la migración venezolana en Chile (2020-2022)”, en *Andamios*, Volumen 20, Número 51, p. 105-131.DOI: <https://doi.org/10.29092/uacm.v20i51.971>
- Rodríguez, J. C. y Gissi, N. (2022) “Crisis Socio-política, pandemia y vivienda precaria:

- ¿Arraigo haitiano en Santiago de Chile? (2019-2021)”, en Urbano. V. 25, N°44, Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño, Universidad del Bío-Bío. 20-29.
<https://doi.org/10.22320/07183607.2022.25.45.02>
- Rodríguez, J. C. & Gissi, N. (2020) “Migración haitiana en Santiago de Chile: Expulsiones, imaginarios e inserción social en un Estado-nación neoliberal”, Revista Política, Globalidad y Ciudadanía, Vol. 6 No. 11, p. 146-170.
<http://revpoliticas.uanl.mx/index.php/RPGyC/article/view/131>
- Rojas, N., Amode, N. & Vásquez, J. (2015) “Racismo y matrices de “inclusión” de la migración haitiana en Chile: elementos conceptuales y contextuales para la discusión”. Polis. Revista Latinoamericana. Vol. 14, N° 42, p. 217-245.
- Rojas, N. & Vicuña, J. (2019) *Migración en Chile. Evidencias y mitos de una nueva realidad*. Santiago: LOM.
- Sabatini, F. & Brian, I. (2008) “La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves”. En Revista EURE, 28, 82, p. 21-42.
- Sen, A. (2010). *La idea de justicia*. Madrid: Taurus.
- Solimano, A., Mellado, V., Araya, C., Lahoz, S., & Ocón, Y. (2012). *Incorporación laboral de los migrantes en la Región Metropolitana de Chile*. OIM.
- Sontag, S. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Alfaguara.
- Standing, G. (2013) *El Precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Editorial Pasado Presente.
- Therborn, G. (2016) *Los campos de exterminio de la desigualdad*. México: FCE.
- Tilly, Ch. (2000) *La desigualdad Persistente*. Buenos Aires: Manantial.
- Tironi, E. (2020) *El desborde. Vislumbres y aprendizajes del 18-O*. Santiago: Planeta.
- Ugarte, S. (2020) “Buscando la regularidad migratoria en los márgenes del Estado: Problematizando los encuentros entre personas haitianas y la burocracia chilena”. En *Migraciones transnacionales. Inclusiones diferenciales y posibilidades de reconocimiento*, p. 85-106. Santiago: Social-Ediciones, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile.
- Villoro, L. (2005) *De la libertad a la comunidad*. México: FCE.
- Wacquant, L. (2003) *Los condenados de la ciudad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Yates, C. (2021, 27 de septiembre). *Haitian Migration through the Americas: A Decade in the Making*. Migration Policy Institute. <https://www.migrationpolicy.org/article/haitian-migration-through-americas>

